



**14ª DISERTACION
EN MEMORIA
DE McDOUGALL**

Su Excelencia

Alan García Pérez

Presidente de la República del Perú

Roma

11 noviembre 1985



**Organización de las Naciones Unidas
para la Agricultura y la Alimentación**

**14^a DISERTACION
EN MEMORIA
DE McDOUGALL**

Su Excelencia

Alan García Pérez

Presidente de la República del Perú

Roma

11 noviembre 1985

**Organización de las Naciones Unidas
para la Agricultura y la Alimentación**

Señor Presidente,
Señor Director General,
Señores Ministros y Delegados,

Quiero agradecer el honor hecho a mi país por su distinguido Director General, Edouard Saouma, y por el Consejo de la FAO al invitarme a pronunciar la Disertación en honor de McDougall, en la conmemoración del 40^o aniversario de esta Organización.

Distinguidos oradores han ocupado esta tribuna en esta misma disertación; la Primera Ministra de la India, Indira Gandhi; el Canciller de Austria, Bruno Kreisky; el Presidente de Zambia, Kenneth Kaunda. Tenían diferentes puntos de vista, pero expresaron el mismo espíritu, la voluntad y la esperanza de la humanidad de superar sus obstáculos y sus errores.

Y es que nuestro mundo azotado por el hambre, la deuda y la amenaza nuclear es un mundo de paradojas y contrastes. En un extremo están los países industrializados cuyos ingresos medios por persona llegan a diez mil dólares anuales y cuyo consumo de calorías supera las 3 400 por persona. En el otro extremo, están cerca de 2 500 millones de personas que viven en los países del área Sur con ingresos que apenas superan o son menores a los 300 dólares anuales.

Pero, vinculando esos dos extremos, hay un solo sistema, un solo orden económico, cuya injusticia ha sido muchas veces denunciada pero frente a la cual hemos podido hacer muy poco por el intercambio cada vez más injusto entre la tecnología y las materias primas. Se ha dicho que cada vez se necesitan más toneladas de harina de pescado o más toneladas de azúcar para comprar un tractor.

Por la deuda externa, que es un descarado mecanismo de transferencia y extracción de recursos, y que llegará este año a 970 000 millones de dólares, ya en 1984 muchos países destinaron a su servicio más del 50 por ciento del valor de sus exportaciones perdiendo miles de millones de dólares. Por la industria de la muerte y de las armas sofisticadas, cuya venta

divide con intrigas a los países pobres del mundo, nosotros, los pobres del mundo, hemos transferido miles de millones de dólares a la industria de los países ricos.

Esto se ha dicho muchas veces. Lo que yo quisiera ahora es señalar que en este sistema de relaciones internacionales, hay una abierta contradicción de instituciones. Por un lado, está la FAO en su lucha contra el hambre y por el acceso de los países más pobres a las tecnologías del desarrollo. Pero por otro lado está el Fondo Monetario Internacional cuyas condiciones y políticas de estabilización han agudizado los problemas en nuestros países con efectos dramáticos.

Una institución, el Fondo Monetario Internacional, donde las naciones no valen como aquí, por su igualdad soberana, sino por el monto de sus aportes y el poder de su dinero. En mi país, a partir de condiciones impuestas por el Fondo Monetario, se aplicaron políticas económicas erróneas que llevaron a la contracción de la demanda, a la disminución del

crédito y del gasto público, y originaron la reducción de la producción, del empleo, y la caída de los ingresos y el deterioro alimentario de la población, especialmente de los más pobres.

Vengo a esta Disertación en memoria de McDougall porque hemos decidido un camino diferente; hemos abandonado las recetas del Fondo Monetario y hemos tomado decididamente el camino de la enseñanza de la FAO, rescatando el mundo agrario como fuente de bienestar y nutrición. Nos proponemos ahora expandir la producción, aumentar el consumo, facilitar el crédito y promover el gasto público productivo.

En la alternativa entre el Fondo Monetario Internacional y la FAO, hemos escogido esta última. Porque es deber de nuestros gobiernos no pagar la deuda externa o aceptar condiciones que limiten el desarrollo; es deber cristiano y humano de nuestros gobiernos luchar contra el hambre y afirmar la justicia, porque todo puede sacrificarse menos el derecho inalienable a la vida.

Por eso, Señores Delegados, hemos constituido un gobierno nacionalista y democrático. Nacionalista ante la deuda externa para la defensa del mercado

interno y la reivindicación de su riqueza. Democrático para erradicar las desigualdades y construir un modelo económico que tenga por fin primordial alimentar a la población hoy y en el futuro.

Por eso tenemos un imperativo ante el mundo: procurar la solidaridad y la justicia de un nuevo orden económico; insistir en los objetivos de la Conferencia Mundial de la Alimentación, que hace más de un decenio se fijó como objetivo abolir la desnutrición. Pero no vamos a hacerlo rogando la caridad ni pidiendo la limosna de un mendrugo, sino exigiendo un sistema más justo en el que se reconozca el valor del trabajo de los pueblos pobres y la igualdad soberana de nuestras naciones. El mundo necesita una nueva base para el comercio y la distribución de la riqueza. La economía monetaria requiere un nuevo sistema en el que el dólar no sea la única moneda universal, porque eso nos convierte en instrumentos de un solo país emisor.

El hambre como problema universal requiere fortalecer los buenos propósitos del Convenio sobre la Ayuda Alimentaria, o la Reserva Alimentaria Internacional de Emergencia o el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola. Por eso venimos a respaldar la iniciativa

del Director General, Edouard Saouma, gran luchador contra el flagelo del hambre, y a comprometer ahora nuestra presencia en el Pacto Mundial de Seguridad Alimentaria que esta asamblea discutirá.

Pero los pobres de la tierra no pueden esperar, ni los países de Africa que hoy atraen nuestra preocupación, ni los demás países del Tercer Mundo en los que aún mantenemos grandes sectores en la malnutrición y la miseria.

Al lado de la lucha que corresponde al consenso de los pueblos, debemos afirmar en cada uno de nuestros países la democracia como un instrumento contra el hambre y la injusticia. Ese es nuestro primer deber.

La democracia debe ser expresión popular; pero también debe ser la conciencia auténtica de la historia en los países pobres. Nuestros países no sólo son víctimas de la injusticia, de la deuda y la violencia. La dominación política ha impuesto también el divorcio de los pueblos respecto a su propia geografía; es decir, la conciencia equívoca y alienada de su realidad, y de esa falsa visión se han derivado modelos de consumo alimentario y de tecnología divorciados de la geografía y de la historia social.

Ese es, Señor Presidente, el punto central que yo quiero desarrollar en esta intervención. En esta asamblea se ha hablado muchas veces del hambre, se ha mencionado la carestía, el dolor humano. Nosotros reconocemos y compartimos ese dramatismo, pero en esta ocasión también quisiera hablar de la alimentación en un sentido diferente; en su sentido cultural e histórico de conciencia. Para demostrar que la democracia puede entenderse a través del alimento y puede construirse teniendo como objetivo la alimentación, no sólo como respuesta a la carestía sino como conciencia de la liberación nacional.

Eso es, Señor Presidente, nuestro esfuerzo actual por recuperar en nuestro país la conciencia exacta de nuestra geografía.

En el curso de los siglos, el Perú, que fue la base de un imperio de organización agraria, olvidó su geografía montañosa, de altitud y de cordillera, olvidó sus cultivos nativos y se orientó al consumo de alimentos extranjeros propios de llanuras inexistentes en mi país, adquiriendo así una falsa visión de sí mismo. Y en los últimos decenios hemos visto cómo se agudizaba esa situación. Cada país también

tiene respecto de su geografía una conciencia que le permite dominarla tecnológicamente, es la conciencia de la capacidad de aprovechamiento de la realidad geográfica. La conquista europea ha disociado al pueblo peruano de su propia geografía, orientándolo al consumo de alimentos y recursos extranjeros y haciéndolo, por consiguiente, ajeno a su propia realidad.

La producción agrícola en los últimos decenios se redujo en mi país. El rendimiento por cada hectárea bajó, aumentando la importación de alimentos, y al hacerse masivo el consumo de alimentos producidos en otras geografías, se fueron olvidando las condiciones técnicas y la organización social. En consecuencia, se perdió la conciencia del dominio sobre la geografía. La importación de alimentos no es solamente un problema de divisas, es también un problema de disociación de la conciencia histórica y geográfica de un país respecto a sí mismo. Por eso, el consumo masivo del trigo, que es producto de otra geografía, de otra ecología, inexistente en mi país, fue haciendo inútiles los Andes, las cordilleras, los instrumentos técnicos que sirvieron para dominar las cordilleras, el idioma antiguo, la estructura de los conceptos, las relaciones familiares, el sentido

mismo de la política y de la religión. Así se creó en el Perú la conciencia de la escasez, la conciencia de la pobreza, como un hecho inevitable y sin moverse de sus tierras los campesinos iniciaron un largo destierro sobre su propia historia.

Sin embargo, hace menos de 500 años la civilización agraria de los Incas dio alimentos suficientes a una población similar o superior a la actual, porque aceptó su geografía y la dominó tecnológicamente. La civilización andina tenía hace cinco siglos, como ahora, una gran variedad ecológica, más de la mitad de los climas del mundo. Su geografía era muy similar a la del Nepal, Etiopía, parte de la China y la India, pero muy diferente a Australia, y a los Estados Unidos, a la Argentina. La gran complejidad de niveles ecológicos y climas fue dominada por la vieja civilización de los Incas mediante unos trabajos técnicos de simplificación. La sociedad fue consciente de su geografía montañosa y quebrada y la dominó escalonando los cultivos hasta alcanzar las alturas.

Durante siglos, el trabajo de la vieja cultura identificó andenes y terrazas agrícolas de caracteres similares y, mientras otras civilizaciones de mesetas

y llanuras se desarrollaron técnicamente sustituyendo el arado individual por el tractor, que es útil a las extensiones planas, en el Perú antiguo los instrumentos técnicos fueron diferentes, fueron los escalones en las terrazas llamados andenes. También la organización humana, porque la complejidad ecológica y de climas obligó al trabajo colectivo. Por eso, hubo una clara identificación de la sociedad con la tierra, hubo una conciencia de seguridad y continuidad política y transcurrió un tiempo social de dinastías y largas edades; pero la invasión europea en el siglo XVI rompió esa relación del hombre con la tierra. Los conquistadores provenían de países de geografía diferente, venían de países de llanuras y mesetas y no comprendieron la geografía distinta del Perú. Entonces impusieron una visión que no era la que correspondía a esa geografía e impusieron un espacio-tiempo de comprensión histórica diferente. El eje andino y la capital del Cuzco fueron trasladadas a las tierras costeras cerca del mar. La identidad agrícola del hombre con la tierra dejó paso a la extracción minera, porque el Perú dejó de ser país agrario para convertirse sólo en un país minero satélite de la Europa mercantil. Además, el hecho traumático de la conquista superpuso al grupo europeo conquistador sobre la sociedad vencida, por eso la

agricultura de la vieja sociedad fue en adelante solamente la actividad de los vencidos, de los derrotados y los Andes dejaron de ser el centro histórico y económico para convertirse en el hábitat de quienes perdieron la lucha de la conquista.

Yo he dicho en mi país muchas veces que en lo profundo de la motivación psicológica de los campesinos que abandonan sus tierras andinas para ir a la ciudad, está presente la necesidad de huir de la condición de vencidos de hace cuatro siglos. La conquista fue el origen de una falsa visión de sí mismo en el Perú, fue el origen de la conciencia de la llanura y la meseta, en un país cuya realidad era la cordillera. Un país hecho para los andenes en las cordilleras, para la papa y el maíz, que son nuestros aportes a la historia humana, se fue convirtiendo poco a poco en un país de consumo de trigo de largas extensiones y llanuras, inexistentes en mi país.

Poco a poco millones de hectáreas, millones de hectáreas en andenes y terrazas en las cordilleras fueron abandonadas; los caminos que unían las zonas agrarias del Perú fueron olvidados y a la vez que se producía una brutal reducción demográfica, la sociedad retrocedió ante la geografía; entonces la tierra

dejó de ser la identidad y el espejo del hombre, fue solamente el depósito de los vencidos o el instrumento de la dominación social en el feudalismo andino que entonces surgió.

Desde hace casi cinco siglos el Perú no se ha reencontrado consigo mismo en la tierra. Hemos tenido, como casi todos, una reforma agraria, pero una reforma agraria jurídica de entrega de títulos de propiedad, pero que ha mantenido la relación dominante de la ciudad sobre el campo, que ha mantenido la marginalidad de los Andes iniciada con la conquista y ha mantenido un proceso creciente de importación de alimentos. Por eso, la sociedad sigue divorciada de su base física.

Alguna vez, la gran Indira Gandhi citó en esta misma tribuna un himno hindú que decía: "De los alimentos nacen todas las criaturas que viven sobre la tierra; después viven de los alimentos y cuando mueren vuelven a los alimentos."

Yo podría decir ahora recordando a la gran Indira Gandhi: "De los alimentos nacen las sociedades, después viven de los alimentos y construyen su

conciencia espacio-temporal a través de los alimentos que ingieren, que son la expresión de su capacidad técnica para dominar su geografía.

Por eso, Señor Presidente, la democracia que queremos en el Perú no es una democracia urbana, no es una democracia burocrática y administrativa. El Perú quiere el reencuentro histórico con la tierra, gracias a la afirmación nacional de los alimentos, los nuestros y de nuestra geografía.

Desde el comienzo de este siglo, el Perú siguió el mismo camino que le señaló la conquista; seguimos los ciclos de la economía capitalista mundial. El Perú fue como otros países periféricos exportador de materias primas agrícolas como el algodón y el azúcar; pero esos productos agrícolas eran a comienzo de este siglo productores de una agricultura nueva, la agricultura cercana al mar, diferente a la agricultura andina. La economía de los Andes continúa siendo marginada.

Con la Segunda Guerra Mundial el Perú inició un proceso de industrialización, un proceso de urbanización que agudizó la marginalidad campesina,

especialmente la marginalidad de los Andes. La industria construida desde 1945 en el Perú fue centralista, fue urbana, fue además una industria procesadora de alimentos industriales, industrias molineras de trigo extranjero que aumentó el consumo masivo de los productos externos, sustituyendo aún más a los alimentos nacionales. Con la industrialización iniciada hace tres decenios se echó el destino del Perú como país importador al implantarse los grandes molinos y al comenzar la sustitución casi total de nuestros alimentos.

Sólo entre 1970 y 1983, la producción interna per cápita de maíz, se redujo de 45 a 31 kilos; la producción de papa, tubérculos o raíces originales del Perú se redujo de 140 a 60 kilos; pero en el mismo período entre 1970 y 1983 la importación per cápita de trigo subió de 35 hasta 52 kilos y la de maíz de 1 kilo hasta 24.

El proceso de industrialización sustitutiva empobreció aún más al campesinado andino y acentuó la migración, entronizó en el migrante o campesino venido a la ciudad una conciencia de inseguridad respecto de los alimentos y de la capacidad

tecnológica y como la tierra está unida a la autoconciencia del hombre, el migrante migra también respecto de sí mismo. La identidad generosa de la tierra fue radicalmente sustituida por la hostilidad del medio ambiente urbano y la noción comunitaria de la sociedad se cambió por un individualismo de respuesta al medio hostil.

Desde 1970, la crisis petrolera y el fin de la expansión económica mundial determinaron el proteccionismo en los países más ricos. Las corporaciones transnacionales fueron sustituidas por los bancos como medios de extracción del excedente. En mi país la industria fue afectada por el aperturismo, financiándose las importaciones con más endeudamiento, y en los últimos años se ha agudizado la marginalidad y la miseria.

He querido mostrar cómo sigue en la realidad presente el Perú, que ha sido sucesivamente país exportador, país en vías de industrialización urbana y país deudor, pero ello muestra cómo esta modalidad de relación con el capitalismo mundial ha mantenido la misma tendencia: afirmar la vida urbana, administrativa e importadora y deprimir cada vez más la agricultura.

Por eso, y como consecuencia de esta historia, profundas contradicciones se presentan en la estructura de mi patria. En el aspecto espacial un gran centralismo urbano y capitalino, en el aspecto social una altísima concentración de ingresos, y en el aspecto económico la disonancia: de un lado la industria y la administración y de otro lado la agricultura cada vez más deprimida; así se consolida un círculo vicioso: la agricultura produce cada vez menos por las importaciones de alimentos, empobreciendo cada vez más el campesinado, y frente a esa agricultura deprimida la industria se empobrece por falta de un mercado de consumo.

En esas circunstancias se hace imperativo un proceso de transformación histórica para lograr la justicia social y afirmar la posibilidad del desarrollo económico armónico. Este proceso no puede ser la reactivación de una estructura viciosa que hemos recibido; en las condiciones actuales hacer un esfuerzo de reactivación solamente urbano e industrial significará seguirnos condenando a la importación de productos. Nosotros tenemos que afirmar una transformación mucho más profunda que tiene que inspirarse en el modelo alimentario

autóctono, pues sólo así será una revolución en sus múltiples dimensiones de nacionalismo, de justicia y de redención social.

El primer objetivo de una revolución nacionalista debe ser el rescate de la conciencia histórica, debe ser el rescate de la realidad y el espacio-tiempo agrícola olvidados; es decir, el reconocimiento de la variedad ecológica, la aceptación de los cultivos escalonados, el rescate de los productos autóctonos, la revalorización de la organización comunitaria y volver a mirar los Andes, que son el eje histórico del Perú, como un espacio útil al hombre.

Ese es el sentido de la afirmación histórica que buscamos. Volver a la identidad de la sociedad y de la tierra, afirmar la seguridad en la conciencia y dejar atrás con la migración la actitud de huida ante la realidad que ahora caracteriza muchos sectores.

Para que esa transformación sea posible afirmamos una concepción nacionalista como derecho a la existencia autónoma, como derecho a trabajar y a defender nuestra industria del aperturismo liberal, como

derecho a planificar la economía y a orientar los recursos hacia un modelo histórico vinculado a la alimentación y a la agricultura y a la pesca.

Por eso y para eso hemos decidido limitar drásticamente los recursos anteriormente destinados al pago de la deuda externa, especialmente en lo relativo a la banca comercial.

Sostenemos la injusticia de esa deuda originada en el intercambio desigual, acrecentada por tasas de interés usurarias, y agravada por el proteccionismo que disminuye los precios de nuestros productos y bloquea su comercio.

La experiencia histórica demuestra que el propósito de mantener la relación financiera mediante un "carroussel" de nuevos créditos sólo conduce a una situación más grave.

Lamentamos que los países más poderosos económicamente no comprendan la necesidad de dar solución política a este problema.

Lamentamos que los muchos diálogos y reuniones no hayan permitido hasta ahora la concertación de los países deudores. Creemos en la acción común y la solidaridad, pero no creemos en la inercia, creemos también en las decisiones nacionales, por eso rechazamos continuar endeudándonos para pagar deudas anteriores y ratificamos nuestra decisión de asignar el 10 por ciento de las exportaciones, es decir, sólo uno de cada diez dólares proveniente de ellas al servicio de la deuda. En esta hora en que cientos de millones de seres humanos en Africa, en Asia y en América Latina aguardan infructuosamente alimentos; en esta hora en que sobre nuestras sociedades se cierne la miseria y la violencia los bancos pueden esperar; suficiente han esperado los pobres de la tierra la razón y la justicia.

La decisión del Perú significa que los intereses y los pagos de la deuda variarán al asignarse un tope máximo a su pago, y significa fundamentalmente la respuesta de la acción y la voluntad de un país pobre en la que no habrá retroceso.

Las propuestas hechas en la última reunión del Fondo Monetario en Seúl para constituir nuevas líneas de crédito a través de otras entidades financieras tienen como propósito evitar el desfinanciamiento del Fondo Monetario Internacional, y el objetivo implícito de mantener vigente el monetarismo como teoría oficial y además afirmar la preeminencia de una institución cuyas teorías y condiciones conducen al agravamiento de los problemas que sufren nuestros países.

Por mantener estas posiciones, la deuda peruana ha sido considerada valor deteriorado por la banca norteamericana, y los créditos y desembolsos están detenidos por limitaciones y enmiendas. Esas sanciones no nos harán retroceder. Creemos que ese es el precio del rescate de la soberanía y el precio de la alimentación de nuestro pueblo.

Para afirmar nuestro derecho a fijar un programa de transformación económica sin intervenciones extrañas, hemos descartado la mediación del Fondo Monetario Internacional, cuyas cartas de intención son cartas de renuncia a la soberanía, ordenaban abrir las fronteras, devaluar la moneda, aumentar los intereses, y reducir la participación del Estado en

el gasto social. Nosotros hemos optado por un camino totalmente opuesto: afirmamos un modelo soberano con la reducción sustancial de las tasas internas de interés, la estabilidad en la tasa de cambio, el control regulado de los precios y la reducción del margen de ganancia monopolítica. Como prueba de lo que pueden hacer los pueblos sin la tutela del sistema monetario internacional, la inflación se redujo en sólo dos meses desde el 11 por ciento hasta el 3 por ciento mensual.

Al reducirse los pagos de la deuda externa, limitándose además la compra de material bélico, las importaciones innecesarias y acrecentando el Estado su participación en las riquezas nacionales como el petróleo, el Gobierno puede ahora orientar más recursos a los servicios sociales y a la reactivación económica, especialmente a propósito de la producción agraria.

Nosotros no vamos a sacrificar el desarrollo histórico del Perú y la alimentación de su pueblo a los apetitos y propósitos de la banca internacional.

Los precios de nuestros productos agrícolas, los precios de la carne, de la leche, del algodón, del azúcar, del cobre, de la plata, de la harina de pescado bajan cada día más como resultado de las políticas proteccionistas de los países más ricos que subsidian su producción interna para dominar la economía mundial de las exportaciones; bajan los precios de nuestras materias primas y nos exigen a la vez pagar a los bancos con puntualidad inmisericorde. ¿Con qué vamos a pagar? ¿Por qué vamos a pagar? Nosotros decimos que primero está la defensa de nuestra riqueza natural. Nosotros no vamos a pagar como en la obra de Shakespeare "El Mercader de Venecia" con la carne y la sangre de nuestro pueblo, vamos a defender y a retener dentro de nuestro país los excedentes y recursos que por la viciosa estructura de la economía mundial se orientaban al extranjero y lo vamos a hacer para afirmar una conciencia histórica y geográfica que rescate lo que fue el Perú. Una revolución es solamente la reconquista de la propia historia; por eso cuando nos preguntan qué haremos con los recursos que ahora mantenemos dentro del Perú decimos que esos recursos

servirán para construir un nuevo modelo económico y social que podría sintetizar como una democracia para la alimentación. Por eso tiene especial significado para el Perú venir a esta cita aniversario de la FAO.

En primer lugar sostenemos como nacionalismo fundamental la afirmación de la tierra; no hay nacionalismo teórico; una nación no es como en la vieja filosofía idealista un "yo pensante", una nación es una capacidad tecnológica sobre la geografía y sólo el reconocimiento y la conciencia de esa geografía puede obligarnos a producir los alimentos que esta geografía nos puede dar y romper el círculo vicioso de las importaciones que empobrecen al campesinado y condenan a la industria urbana a no tener el mercado suficiente.

Por eso, creemos en la obligación de nuestra tierra y de otras naciones de poner a producir sus propias tierras y poner a trabajar sus propias sociedades. Vamos a sustituir, al costo de mucho tiempo seguramente, los productos alimenticios que hoy consumimos por los que las tierras del Perú pueden producir.

El Perú, que aportó a la historia universal la papa como alimento de todas las naciones, ha vuelto a ser importador de papas; el Perú, que con América Latina aportó el maíz a la alimentación humana, importa el 40 por ciento de su maíz; importamos lácteos y grasas; importamos la soja; importamos la totalidad del trigo que es el primer alimento del pueblo pobre del Perú, cuando, como he dicho, una geografía de cordilleras no es propia al cultivo del trigo.

Tomamos conciencia también de que los excedentes agrícolas que se distribuyen en el mundo se distribuyen en un mercado dominado monopólicamente por algunos países, especialmente por el más poderoso, países que usan de esa capacidad como un poder de presión, como un poder de expansión sobre nuestros países. Además, los excedentes agrícolas que se venden en el mundo a título de favor tienen un efecto perverso en la agricultura de nuestro país porque continúan haciéndonos ignorantes de lo que puede producir el Perú y continúan empobreciendo y desactivando la agricultura peruana.

No pretendemos la autosuficiencia, pero sí el desarrollo potencial de cultivos originales como la papa, el maíz, la quinua.

Al llegar la conquista europea, algunos alimentos y cultivos a los que el viejo Perú concedió un valor religioso por su inmensa riqueza en calorías y proteínas, fueron prohibidos por la nueva religiosidad. Nosotros queremos rescatar ese germoplasma olvidado, queremos rescatar la larga historia de dominación del Perú sobre su propia geografía que fue suplantada por la imposición de hábitos de consumo y de importación que no nos corresponden. Para eso hemos establecido desde hace tres meses un fondo de mejoramiento de precios agrarios, y otra acción decisiva: hemos reducido los intereses agrícolas en las zonas más deprimidas a la quinta parte de los de hace tres meses. Es una forma de transferir hacia el campo lo que hasta ahora era privilegio de la ciudad; intereses agrarios del 108 ó 110 por ciento han sido reducidos para la Sierra Andina del Perú al 19 por ciento y en las zonas afectadas por la violencia hasta menos del 10 por ciento como una forma de transferir la posibilidad estatal de ayuda a esas regiones.

Pero nuestro nacionalismo no es solamente un nacionalismo agrícola, también tiene que expresarse en el

plano pesquero. Necesitamos sustituir la producción de harinas de pescado destinadas al extranjero para orientar los recursos hacia la alimentación interna.

En esta asamblea, que se ocupa de la agricultura y de la pesca, interesa recordar que el Perú fue caracterizado como uno de los principales países pesqueros del mundo y en algún momento nos preciábamos de ser el primer país en extracción pesquera. Sin embargo, somos uno de los países de menor consumo de recursos ictiológicos, mientras el Japón supera los 60 kilos de consumo y otros países de América Latina que no tienen esa riqueza superan los 20 kilos de consumo por persona al año, en el Perú, primer país pesquero del mundo en un determinado momento, tenemos solamente un consumo medio de 10 kilos por persona/año. En los últimos treinta años, de cada 100 toneladas extraídas del mar sólo una se destinaba al consumo humano. Las otras 99 se quemaron fabricando harinas de pescado en beneficio de la agricultura europea.

Nosotros hemos visto la anarquía y el establecimiento industrial de fábricas sobredimensionadas para extraer los recursos pesqueros de una nación hambrienta.

Aquí quisiera decir, Señor Presidente, Señor Director General, que si durante largos años el mar del Perú ha servido a la ganadería europea convertido en harina de pescado, ahora a la vista de los muchos millones de seres humanos en condiciones de hambre, estoy seguro que el pueblo del Perú me acompañará aquí al ofrecer la inmensa riqueza en especies y en instalaciones industriales que tenemos hoy ociosas como un recurso posible para todos los pobres de la tierra.

Queremos que el mar peruano no sea pasto del imperialismo depredador. La riqueza del mar peruano debe servir de alimento a los que nada tienen. Somos un país pobre, pero en nuestra pobreza estamos dispuestos a ayudar a quienes son más pobres que nosotros y la riqueza del mar del Perú es riqueza y patrimonio de los pobres de la tierra.

En tercer lugar, el nacionalismo alimentario es también la afirmación de la democracia. Si democracia es distribución igualitaria de los recursos, la democracia debe comenzar por los más pobres, debe comenzar por los campesinos marginados de los Andes;

ellos están en la base de la pirámide social del Perú. Así, al fomentar la producción y el consumo de la papa, el maíz, la quinua y otros productos lo hacemos también porque esos productos se cultivan en parcelas y comunidades andinas, que son las más pobres del Perú.

El modelo de transformación que proponemos se articula en torno a la alimentación. El nacionalismo, por la reconstitución de un modelo de consumo, es democrático porque comienza por el campesinado más pobre, y es descentralizador porque se orienta a la tierra. La democracia no puede ser la reproducción y la hegemonía del modelo urbano, la democracia debe reconocer las organizaciones sociales que han resistido el paso del tiempo, como la comunidad del Perú y adecuar a ellas las estructuras del nuevo Estado. Por eso, en los últimos tres meses y frente a la marginalidad campesina de los servicios estatales, el Gobierno peruano ha constituido lo que llamamos "microrregiones andinas"; son unidades de planificación y administración para el desarrollo concertado con los agentes económicos y con la población organizada. Hasta ahora los servicios públicos de

alimentación y de salud han sido patrimonio urbano, industrial y administrativo. Por este esfuerzo, el Estado, a través de sus microrregiones, alcanzará con sus servicios de salud, de alimentación y de tecnología al sector agrario.

Si venimos a pedir ante el mundo la solidaridad de todas las naciones, es obligación nuestra solidarizar al Perú, a su industria, a sus ciudades con el resto de la sociedad. Es por eso que estamos reconsiderando el propio concepto de atención a la salud; antes era la concepción urbana de la salud como atención hospitalaria y curativa, ahora debe ser la atención preventiva y primaria de la vacunación y los alimentos en toda la región agraria. De esta manera, en intereses agrarios, mejoramiento de precios, subsidios a los fertilizantes y distribución de los servicios sociales de salud, educación y tecnología, se planea distribuir a través de la agricultura los cientos de millones de dólares anteriormente destinados al pago de la deuda.

Pero lo que va a significar en nuestro país un hecho revolucionario es el reconocimiento económico de la comunidad campesina; la antigua organización comunal

del Perú resistió el paso del tiempo por su cohesión social y porque fue absolutamente marginada, y en miles de comunidades, millones de peruanos son la prueba de la vieja conciencia histórica y del dominio geográfico olvidado.

El nuevo Estado debe reconocer a la comunidad campesina como parte de sí mismo. Para eso, hemos asignado directamente recursos a las comunidades. A ellas, suspendidas a cuatro mil o cinco mil metros de altura, no llegó nunca el Estado. Ahora llegaremos directamente evitando la mediación burocrática y urbana que desnaturalizaría el propósito del Estado, vinculándonos a las comunidades campesinas.

Pero si el Estado peruano propone ahora una democracia nacionalista y descentralizada por la alimentación, también a través de la alimentación queremos la construcción de una economía homogénea.

Yo señalé hace unos instantes cómo los sectores económicos del Perú, los sectores urbanos, industriales y administrativos están profundamente divorciados de la economía marginal y de la agricultura. Por eso queremos crear un mercado

nacional de consumo, incorporando la producción y el bienestar de las familias campesinas a la demanda nacional.

Los empresarios e industriales de mi país son conscientes de que solamente el desarrollo de la agricultura marginal y la distribución de ingresos entre los campesinos afirmarán las posibilidades del desarrollo para la industria urbana que hoy está en crisis por falta de mercado. Por esa razón, reitero que si bien los productos excedentarios que se importan son un subsidio a la población urbana, por sus precios relativamente bajos, resultan en última instancia una amenaza para la población urbana al impedir la constitución de un mercado de consumo entre los campesinos.

Como en la vieja parábola africana, mencionada por el Presidente Kenneth Kaunda, según la cual al llegar un huésped a un hogar recibía en los primeros días alimentos, pero después le era entregado un instrumento de labranza, nuestro país no puede vivir de las importaciones baratas hipotecando así su futuro.

Nuestros países deben generar su integración por el aumento de la producción agraria, pues las importaciones subsidiadas destruyen su propia estructura.

En quinto lugar, el propósito alimentario del Gobierno tiene implícito un modelo anticrisis. La inflación en mi país, en nuestros países, tiene múltiples causas: los precios monopólicos, las importaciones caras, pero fundamentalmente la reducción de la oferta agrícola; la reducida productividad de nuestras tierras es una de las causas básicas de la inflación. En el Perú, una hectárea en promedio produce cinco o seis toneladas de papas. En otros países, una hectárea llega a producir más de 30 toneladas de papas, siendo como he dicho el Perú el país de origen de ese producto. Con fertilizantes y con semillas, esa hectárea actualmente deprimida podría producir en breve plazo el doble. De la misma manera, una hectárea de maíz aumentaría en un cincuenta por ciento su rendimiento.

Además, cuando nos preguntan por qué esta preocupación por la agricultura, nosotros decimos que los escasos recursos del Estado tienen que aplicarse al

sector económico en el que el rendimiento capital/producto sea mayor. Un puesto de trabajo en la agricultura o el fortalecimiento de su productividad cuesta entre 30 y 40 veces menos de lo que nos costaría crearlo en la industria o en la administración pública en mi país. Por eso, la tasa de rendimiento social y económico de la agricultura es inmensamente superior a la de otros sectores.

He querido mostrar que el modelo alimentario que propone el Gobierno peruano es la base de la democracia. Queremos una democracia nacionalista y descentralizada, la constitución de un mercado de consumo interno y un modelo anticrisis para la reducción de la inflación. Pero es también, en conclusión, un modelo de participación en una sociedad actualmente azotada por la violencia. Los diarios y agencias del mundo, más que por otras cosas, caracterizan a mi país como un país azotado por la violencia y la subversión.

En los últimos años, el dramático problema del terrorismo y la subversión ha producido miles de muertos. Nosotros rechazamos la inspiración ideológica totalitaria y la justificación de la

violencia como razón histórica. A las armas subversivas, responderemos con las armas de la ley y de la democracia, combatiendo con severidad, pero con respeto a las leyes y a los derechos humanos.

Pero nos explicamos por qué el terrorismo ha escogido las zonas más deprimidas del país, buscando aprovechar la exasperante miseria de los campesinos y escudarse tras la secular organización de las comunidades campesinas, aprovechando su capacidad organizativa.

En la Asamblea General de las Naciones Unidas expliqué cómo por esta razón limitamos nuestros pagos de la deuda externa, e invocamos en Latinoamérica un acuerdo regional para no seguir gastando en armas millones de dólares que pueden redimir de su pobreza a los pueblos olvidados, al restituir a las regiones deprimidas, mediante recursos directos y tasas de interés, un estímulo al consumo de productos originarios y el reconocimiento de su organización social. Al restituirles la vigencia histórica de la que fueron privadas, el Estado podrá identificarse realmente con la sociedad, y la democracia se impondrá como un modelo eficaz de desarrollo. La lucha ideológica planteada en el Perú, como en todos

los demás países pobres de la tierra, es la lucha entre la violencia que se enarbola como una ideología y la democracia que tiene que comprobar su capacidad de solucionar los problemas sociales. Yo tengo plena confianza en que la democracia podrá vencer a la violencia; pero podrá vencerla con la fuerza de la justicia y del desarrollo en beneficio de los sectores más deprimidos. Porque la democracia tiene que ser, ante todo, el respeto y la defensa del derecho humano más importante que es el derecho al pan.

Ese es, Señor Presidente y Señores Delegados, el gran objetivo histórico de nuestro esfuerzo por constituir un gobierno nacionalista, democrático y popular, esfuerzo por reconstruir la conciencia geográfica e histórica, esfuerzo por emancipar históricamente al Perú, esfuerzo, Señores Delegados, por afirmar el nacionalismo, la democracia, la descentralización, la constitución de una economía solidaria que supere la crisis, y esfuerzo por conquistar el pan que es la paz y la libertad.

Por eso me he permitido hacer un rápido recuento de la historia del Perú, para mostrar un caso que puede ser el de cualquiera de nuestros países; para exponer, en homenaje a la FAO en sus 40 años, el

modelo de democracia alimentaria que nosotros enarbolamos, buscando comprobar que la alimentación no es sólo una respuesta al hambre, sino que además tiene un sentido cultural de conciencia, en torno al cual sí puede hacerse una revolución.

Y porque comparte esos grandes objetivos con otras naciones, el Gobierno peruano se sabe parte del movimiento más amplio de los pueblos pobres de la tierra aquí representados. Por eso quiero expresar la solidaridad de mi país con el movimiento no alineado y los países de Africa que actualmente sufren la sequía y el hambre. Lleven, Señores Delegados, lleven entre las muchas cosas que llevarán de esta asamblea, la voluntad, la decisión del Perú para reencontrar su propia historia y para hacer frente a los obstáculos, y digan a sus pueblos, que los peruanos los acompañan en su lucha y en su esperanza.

El objetivo de nuestro Gobierno es la reivindicación del derecho a la vida. El hambre no es una sentencia para la humanidad. Dios ha creado el mundo con inteligencia y recursos suficientes para la vida. Pero la historia de la especie humana y el egoísmo de los más poderosos han distribuido mal esos recursos, haciéndonos vivir en un mundo paradójico.

Creemos en Dios, creemos en el pan nuestro de cada día. Y como el viejo profeta bíblico Isaías, no perdemos la esperanza de que alguna vez las espadas se convertirán en arados y las lanzas en hoces. Y no alzará su espada ningún pueblo contra otro, ni se adiestrarán los hombres para la guerra. Entonces, convertiremos las armas de hoy en pan, y el pan será en el futuro paz y justicia, y no nos unirá como ahora nuestra hambre, ni el hambre de los otros; nos unirá solamente el hambre de Dios.

Como en los versos de un peruano, de un poeta andino, déjenme decir que el Perú de hoy quisiera tocar todas las puertas, las puertas de todas las naciones, y preguntar por no sé quién, y hacerle pedacitos de pan fresco, aquí en el horno de su corazón. Muchas gracias.

W/R6930/S